

y cinco años, envuelta en una de esas largas blusas azules con las que se preservan de la harina las repartidoras de pan. La de la señora Weber encerraba un talle robusto y elegante.

—¡Ah, malditón! dijo ella al entrar con su niño en brazos... Usted es el autor de esto!... ¡Pero qué bien calzadito estás, hijo mío!

Y se reía, se reía con una lagrimita en los ojos.

—Tiene malicia, ¿verdad?... decía Belisario, cayéndose de risa también él. ¿Cómo ha podido adivinar que he sido yo?

Una vez calmada aquella gran alegría, sentóse á la mesa la señora Weber y tomó café en una cosa que muy bien podía ser algún antiguo tarro de mostaza; luego le presentaron á Jack como futuro compañero. Hay que decir que primero acogió ella con reserva la idea; pero cuando hubo admirado en el postulante aquella suprema distinción; cuando supo que Jack y Belisario se conocían desde hacía diez años y que tenía ella enfrente al famoso héroe del jamón, historia que tantas veces le había contado, su cara perdió aquella expresión de desconfianza, y tendióle la mano á Jack.

—¡Vaya! Veo que no se ha equivocado Belisario.... Usted que lo conoce, bien sabe qué animalote es. Ya me ha traído aquí media docena de compañeros que no valían la cuerda para ahorcarlos. A fuerza de ser bueno, es un inocente. ¡Si yo le contase á usted todo lo que le han hecho sufrir en su familia! Era la víctima, la bestia de carga; mantenía á todo el mundo y no recibía más que disgustos.

—¡Oh, señora Weber!... dijo el buen hombre, que no quería oír hablar mal de los suyos.

—¿Qué hay con la señora Weber? Tengo que explicarle al compañero por qué le he separado á usted de toda esa ralea, pues de lo contrario parecería haber obrado por interés, como tantas mujeres. Vamos á ver: ¿no es usted más feliz ahora que vive usted aparte, y que le aprovecha algo su trabajo?

Y continuó dirigiéndose á Jack:

—Por más que hago, aún le explotan. Le mandan los más pequeñitos, pues son un regimiento de chiquillos rizaditos y ya con los dedos ganchudos, como ese viejo judío de papá Belisario. Vienen aquí cuando yo no estoy y siempre hallan medio de llevarse algo. Le digó á usted todo eso, Jack, para que me ayude usted á defenderle contra los demás y contra él mismo, á ese malditón.

—Puede usted contar conmigo, señora Weber.

Entonces se ocuparon en instalar al compañero. Quedó convenido que hasta el momento del matrimonio, viviría con Belisario y dormiría en la primera habitación, sobre una cama de tijera. Comerían juntos, y Jack pagaría cada sábado su parte correspondiente de comida y de inquilinato. Después de la boda, ya verían de instalarse más anchamente y más cerca de Eyssen-deck.

Mientras se discutían esas graves cuestiones, la señora Weber, con su niño dormido en los brazos, preparaba la cama del compañero, quitaba el cubierto, lavaba la vajilla; Belisario se ponía á coser sus sombreros y Jack, sin perder un minuto, amontonaba en un rincón del cuarto los libros del doctor Rivals, como para tomar posesión de aquella casita de trabajadores y ponerse al nivel de las personas de bien que lo rodeaban.

Algunos días antes, cuando aún estaba en Etiolles, le

habrían causado mucha extrañeza si le hubieran dicho que había de recomenzar con ardor su vida de obrero, sin sentir humillación ni cansancio, y que volvería á su infierno con el corazón alegre. Y fué, sin embargo, lo que sucedió. Sí: ciertamente había que atravesar un nuevo infierno; pero esperábase al final Cecilia, paciente y envuelta en su velo de desposada; Jack lo sabía, y esa perspectiva, esa recompensa de sus esfuerzos, le allanaba el camino.

Su nuevo taller de la calle Oberkampf le recordó Indret, pero más en pequeño. Aquí, como faltaba el sitio, habían superpuesto tres pisos de máquinas y de instrumentos. Colocaron á Jack en lo alto, bajo la claraboya, en un sitio en que llegaban todos los ruidos del taller, su humo, su polvareda. Cuando se apoyaba en el pasamano que rodeaba una especie de galería donde él trabajaba veía una terrible maquinaria humana siempre en movimiento: los forjadores delante de su fuego, los mecánicos con sus máquinas, y abajo, cubiertas de blusas que les daban el aspecto de aprendices, cierto número de obreras ocupadas en trabajo de detalle.

El calor era sofocante, tanto más cuanto que no se sentía, como en Indret, el espacio y el viento de mar alrededor de los obradores recalentados, sino que, al contrario, estaba la inmensa casa aprisionada entre otras fábricas dando á la calle, ventana por ventana, con otros oficios penosos. ¡Mas no importa! Ya estaba Jack bastante habituado á la fatiga para sufrirlo todo; sentíase por encima de las dificultades y de los sufrimientos de su condición, del mismo modo que en el taller dominaba á sus compañeros, cuyo esfuerzo llegaba á sus oídos en una sonoridad de catedral. Considerábase allí como de

pazo; hacía su trabajo concienzudamente, pero con el pensamiento siempre en otra parte.

Los demás compañeros lo notaban. Le veían viviendo lejos de ellos, indiferente á sus riñas y preocupaciones. Las conspiraciones contra el patrono y el segundo, las batallas al salir del trabajo, los recién llegados pagando su bienvenida, las horas pasadas en las tabernas, la copita de por la tarde y las francachelas, en nada de eso tomaba parte Jack, extraño á los disgustos y á los placeres de los demás. No oía los sordos quejidos, los bramidos de revuelta de aquel gran arrabal, perdido como un lugar de sufrimiento en medio de la ciudad suntuosa y haciendo relucir con sus harapos todo el lujo que lo rodea. No oía las teorías socialistas que la miseria inculca á esos desgraciados, demasiado poseídos y viviendo cerca de los que poseen para no desear un desquiciamiento general que cambie de repente su mísera suerte. La historia y la política profesadas sobre el cine del mostrador por "el Chirló" el gran Luis ó Francisco Botella dejábanle igualmente frío: historia mezclada de entregas á perro chico, dramas ó novelas de Dumas, cuyos héroes todos salen del ambigú. No diré que le quisieran sus compañeros; pero le respetaban. A las primeras chanzas demasiado fuertes había contestado con una mirada tan clara, una mirada de rubio, aguda y determinada, que hizo callar á los guasones; sabían además que había sido fogonero de vapor, y todo el mundo conoce de oídas las terribles batallas que riñen entre ellos los maquinistas con los hierros de atizar la lumbré. A los ojos de los hombres bastaba esto para hacerlo casi simpático, y á los ojos de las mujeres tenía otro prestigio: la luz que rodea á los que aman y son amados. Con

su largo talle elegante, erguido ahora por el arranque que da la voluntad, y su porte esmerado, haciales á las obreras, que todas habían leído "Los Misterios de París," el efecto de un príncipe Rodolfo en busca de una Flor de María. Pero las pobres muchachas perdían las sonrisas ajadas que le dirigían cuando él atravesaba el trozo del taller en donde estaban ellas siempre charlando, presas siempre de alguna emoción fuerte; pues como casi todas tenían un amante en la fábrica, aquellos lios traían celos, enemistades, disgustos contiguos. A la hora del almuerzo, cuando tomaban sobre el borde de la mesa de labor su pobre comida, encendíanse las discusiones entre aquellas criaturas, que no renunciaban á ser mujeres, se peinaban para el taller como para un baile, y á despecho de la limadura de hierro y de las manchas del trabajo, conservaban en sus cabellos un lazo, un alfiler reluciente, un resto de coquetería.

Al salir del taller, Jack se iba siempre solo. Tenía afán por verse en su cuarto, dejando su blusa de obrero y cambiando de ocupación. Rodeado de sus libros, libritos de colegial en cuyas márgenes había dejado su infancia muchos recuerdos, principiaba su tarea nocturna, extrañándole cada vez la facilidad que iba adquiriendo; resucitando en él cada palabra clásica antiguas lecciones aprendidas. Sabía más de lo que creía. A veces sin embargo, surgían dificultades inesperadas en los renglones, y conmovía ver á aquel muchachote, cuyas manos se deformaban cada día en el rudo trabajo manual, enervarse con el manejo de la pluma, blandirla, y tirarla á veces con un movimiento de cólera impotente. A su lado cosía Belisario las viseras de sus gorras ó la paja de sus sombreros de verano, con un silencio re-

ligioso, la estupefacción de un salvaje asistiendo á hechizos de mago. Sudaba, por los esfuerzos que hacía Jack; sacaba la lengua, se impacientaba; y cuando había vencido el compañero alguna gran dificultad, él mismo movía la cabeza con aire vencedor. El ruido de la gruesa aguja del vendedor ambulante atravesando la espesa paja; la pluma del estudiante, crujiendo sobre el papel; sus gruesos diccionarios pesadamente removidos, llenaban la buhardilla de una atmósfera de trabajo tranquila y sana; y cuando alzaba Jack los ojos, veía enfrente de él, detrás de los cristales, claridades de lámparas laboriosas, sombras ligeras prolongando activamente su velada, el revés de una noche de París, todo lo que irradia en el fondo de sus patios, mientras se iluminan sus bulevares.

Hacia la mitad de la velada, una vez dormido y acostado el niño, la señora Weber, para economizar carbón y aceite, venía á trabajar junto á sus amigos. Remendaba la ropita del chiquillo, la de Belisario y la del compañero.

Quedó convenido que el matrimonio sólo tendría lugar en la primavera, pues el invierno está para los pobres lleno de inquietudes y de gastos. Mientras tanto los dos enamorados trabajaban con ánimo al lado uno de otro, lo cual es una manera de hacerse el amor. Era ya el interior de tres que proyectaban; pero parece ser que para Belisario faltaba aún algo, pues sentado junto á la repartidora de pan, tenía actitudes melancólicas, suspiros sordos y roncós, como los que han notado los naturalistas en las tortugas de Africa en la época del celo. De cuando en cuando trataba de cojer la mano á la señora Weber, conservándola algún tiempo entre las su-

yas; pero decía ella que se retrasaba el trabajo, y se contentaban con tirar de sus agujas al compás, hablándose en voz baja entre ellos con ese silbido de las voces gruesas que quieren contenerse.

No se volvía Jack por miedo á molestarles, y mientras escribía, pensaba: "¡Qué felices son!"

El, sólo era feliz el domingo, el día de Etiolles.

Nunca dama se cuidó tanto como Jack desde por la mañana de aquel día, á la luz de la lámpara, desde las cinco de la mañana. La señora Weber le tenía preparada la ropa blanca, su traje de señor, bien colocado sobre el respaldo de una silla. ¡Y adelante con el limón y la piedra pómez para borrar las señales del trabajo! Quería que nada en él recordase el mercenario que era durante la semana. ¡Entonces sí que lo habrían tomado por el príncipe Rodolfo las obreras de Eyssendeck, al verle marcharse hacia allá!

¡Día delicioso, sin horas, sin minutos, de una felicidad no interrumpida! Toda la casa le esperaba, le dispensaba grata acogida, con una buena lumbre encendida en la sala, flores en la chimenea, y la alegría del doctor y la emoción de Cecilia, á quien la presencia de su amigo ponía colorada cual si acabara de recibir un beso de él. Como en otro tiempo, cuando eran niños, daba su lección delante de ella, y la mirada inteligente de la joven le envalentonaba, le ayudaba á comprender.

El señor Rivals corregía el trabajo de la semana, lo explicaba, señalaba otro, y en eso era el profesor tan valiente como el discípulo, pues el viejo médico, á menos de visitas extraordinarias, se reservaba toda la tarde del domingo, y ahora se veía obligado á repasar los libros de su juventud para ponerse al alcance de un principiante.

Una vez acabada la lección, cuando el tiempo lo permitía, iban á dar una vuelta por el bosque, despojado, enrojecido por las heladas, con las ramas movidas por el viento, saltando á cada momento algún conejo ó algún cervato.

Era el momento más agradable que experimentaban en todo el día.

El buen doctor, deteniendo adrede el paso, dejaba pasar delante de él á los jóvenes, agarrados del brazo, alegres y vivos, atormentados de confidencias que á veces estorbaba la cándida bondad del viejo. El los hubiera puesto demasiado pronto á sus anchas, mientras que ellos tenían aún en esas horas minutos en que el amor se compone más de adivinaciones que de palabras. Y sin embargo, se contaban la semana, pero con largos silencios, que eran, como la música, el acompañamiento discreto y apasionado de esa ópera á dos voces.

Para entrar en aquella parte del bosque que se llama el gran Senart pasaban delante del chalet de Aulnettes, á donde continuaba viniendo de cuando en cuando el doctor Hirsch para sus experimentos sobre los perfumes. No parecía sino que abrasaba allí todos los bálsamos del bosque y de la campiña; tan espeso era el humo que subía en el aire, agarrándose á las gargantas.

—¡Ah! ¡Ah!... ¡Ya llegó el envenenador!, decía el Sr. Rivals á los niños... ¿Huelen ustedes su cocina del demonio?

Quiso Cecilia hacerle callar.

—Ten cuidado, abuelito; podría oírte.

—¡Que me oiga!... ¿Te crees tú que le tengo miedo?... ¡No hay cuidado de que se mueva! Desde el

día en que quiso impedirme llegar hasta nuestro amigo Jack, bien sabe que el viejo Rivals tiene aún los puños fuertes.

Pero por más que decía, los jóvenes hablaban en voz más baja, andaban más de prisa al pasar delante de "Parva domus." Adivinaban que no había allí nada bueno para ellos, y parecía como que veían la mirada venenosa que les lanzaban los anteojos del doctor Hirsch, emboscado detrás de sus persianas cerradas. En suma, ¿qué tenían que temer del espionaje de aquel fantoche? ¿No había acabado todo entre D'Argenton y el hijo de Carlota? Desde hacía tres meses no se veían, vivían separados por un constante pensamiento de odio que los alejaba más cada día.

Jack quería demasiado á su madre para censurarle el que tuviera un amante; pero desde que su amor por Cecilia le había enseñado la dignidad, odiaba al amante de su madre, haciéndole responsable de la culpa de aquella mujer débil, clavada á su cadena por la violencia, la tiranía, todo aquello que aleja las almas altivas é independientes. Carlota, que temía los disgustos, las explicaciones, había renunciado á reconciliar á aquellos dos hombres. Ya no le hablaba á D'Argenton de su hijo; pero á escondidas pasaba muchos ratos de charla con éste.

Dos ó tres veces vino en Simón, y velada, al taller de la calle de Oberkampf, preguntando por Jack, á quien vieron su compañeros á la portezuela hablando con una mujer, joven aún, de una elegancia algo chillona. Corrió el rumor de que tenía una querida de "búten." Le cumplieron, creyendo ver en eso uno de esos líos extraños, pero bastante frecuentes, en los que ciertas mu-

jres alegres, salidas del arrabal, vuelven, una vez ricas y de moda, al sitio donde vivieron.

Esos obreros están mejor vestidos que los demás; tienen ese aire arrogante, esa mirada distraída de los hombres de quienes están reinas enamoradas.

Para Jack eran aquellas sospechas doblemente ultrajantes; y sin decir nada á Carlota, alegó, para impedirle que volviera, el reglamento del taller, prohibiendo toda salida.

Desde entonces sólo se vieron de tarde en tarde, en los jardines públicos; sobre todo, en las iglesias, pues al igual de todas sus semejantes, tornábase devota al envejecer, por un desbordamiento de sentimentalismo inactivo, y también por una afición á honores, á ceremonias, por la necesidad de satisfacer las últimas vanidades de mujer bonita, arrodillándose en un reclinatorio

En aquellas escasas y cortas citas, Carlota hablaba continuamente, según costumbre, aunque con aire triste y algo cansado. Decía, sin embargo, que estaba muy tranquila, muy feliz, llena de confianza en el porvenir literario del Sr. D'Argenton. Pero un día al cabo de aquellas charlas, y al salir de la iglesia del Panteón:

—Jack, le dijo ella con cierta cortedad: ¿podrías tú?... Figúrate, no sé cómo me las he arreglado; pero no me queda dinero suficiente para acabar el mes. No me atrevo á pedirle á él, pues andan muy mal sus negocios. Y con todo ésc, está enfermo ese pobre amigo. ¿Podrías adelantarme por algunos días?....

No la dejó terminar. Acababa de cobrar, y puso el jornal en la mano de su madre, sonrojándose. Y luego, en plena luz de la calle, notó lo que no había podido ver en la sombra de la iglesia: rastros de sufrimiento

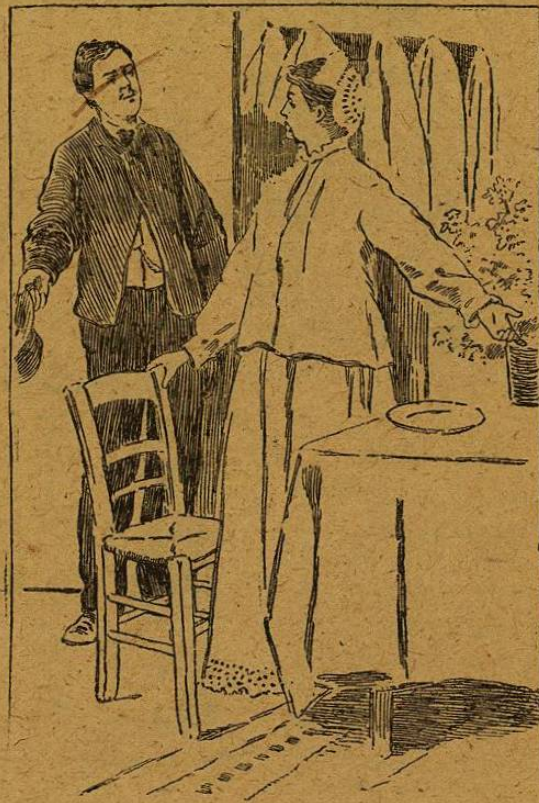
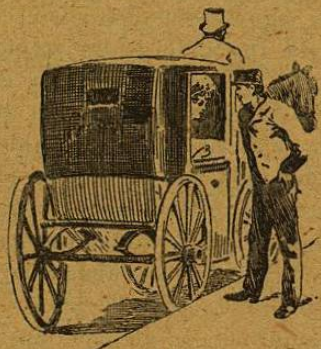
en aquella cara sonriente, esas palideces veteadas de encarnado, en las que parece marcharse la juventud, desleída en ríos de lágrimas. Una inmensa piedad se apoderó de él.

—Ya sabes, madre; si eres desgraciada..... aquí estoy yo.... Vente conmigo.... ¡Me alegraría tanto, estaría tan orgulloso al tenerte á mi lado!.....

Ella se estremeció.

—No, no, es imposible, dijo en voz baja. Tiene demasiados disgustos en este momento, no sería digno por parte mía.

Y se alejó precipitadamente, cual si temiera ceder á alguna tentación.



¿Te parece que he tardado en arreglar todo esto?